ASTRAGALO, 04 (1996)
Attribution-NonCommercial-ShareAlike - CC BY-NC-SA
Article, ISSN 1134-3672
https://dx.doi.org/10.12795/astragalo.1996.i04.15

POSTFOLIO

EL DISEÑO ARQUITECTONICO COMO MEDIDA DE CALIDAD

Tomás Maldonado

Profesor de la Hochschule für Gestaltung de Ulm (RFA), Royal College of Arts de Londres, Princeton (EEUU), Universidad de Bolonia. Ha sido director de la Revista Casabella.

Ante la confusión en los criterios de establecer una valoración objetiva de las cosas, Tomás Maldonado introduce un análisis del concepto de calidad en que plantea cuestiones como la posibilidad de una matemática cuantificación generalizada de las cualidades, el debate entre determinismo y relatividad de los valores y el concepto de «cualidad dinámica» como posibilidad de englobar los conceptos de tolerancia y objetividad.

Calidad, ¿de qué estamos hablando?

En mi opinión, en los últimos tiempos todos –yo incluido– hemos utilizado la noción de calidad con demasiada ligereza. Su uso indiscriminado, y porqué no decirlo su abuso, ha contribuido a hacer peligrosamente versátil su significado.

Ciertamente, las palabras, como sabemos, están siempre sobre un plano semántico un poco a la deriva. Un hecho que, lingüísticamente hablando, puede ser correcto. La ambigüedad y la polivalencia de las palabras que se pone de manifiesto en los fenómenos de sinonimia, polisemia y homonimia garantizan la dinámica del lenguaje e incluso su creatividad.

Pero la versatilidad de las palabras tiene un límite determinado a partir del cual, a un paso, las consecuencias son dignas de tenerse en cuenta. Esto ocurre cuando se le asigna a una misma palabra el papel de «palabra clave» en un, cada vez mayor, número de diálogos de la naturalezas más variadas. Este planteamiento es válido para el caso específico de la palabra calidad cuando es utilizada como comodín de disertaciones cuyos ámbitos de referencia, de hecho, tienen escaso (o ningún) punto en común.

En esta situación se está obligado a aclaraciones artificiales y a verdaderas instrucciones sobre el uso de la palabra calidad. Lo que irremediablemente nos lleva, queriéndolo o no, a

una incontrolable proliferación de opiniones sobre la palabra calidad.

Creo oportuno, y tal vez útil, ahondar en este, tal vez demasiado confuso, universo de opiniones sobre la calidad. La tentación puede servirnos de ayuda para obtener un mayor conocimiento semántico y, eventualmente, un mayor rigor lógico en la manera de afrontar el argumento. Con esta finalidad quisiera documentar a continuación, recurriendo a ejemplos concretos, algunos de los usos más frecuentes de la noción de calidad. Se trata de frases hechas, algunas muy banales, tomadas de libros y de diálogos cotidianos.

1) Una cualidad de la leche es ser nutriente, a condición de que sea leche de calidad.
2) Una de las cualidades del acero de alto tenor de carbono es la dureza. La dureza es una de las características del acero de calidad.
3) En el restaurante la comida era de primera calidad. Sin embargo, la calidad del vino era escasa. Este hecho nos ha sorprendido en un restaurante de calidad.
4) La alta definición mejora la calidad de la imagen televisiva.
5) El edificio del Banco de Hong Kong de Norman Foster es un ejemplo de la alta calidad tecnológica alcanzada en la edificación.
6) Esta impresora láser es de óptima cualidad, lo que se ve por la calidad de las imágenes que reproduce.
7) En esta sala de conciertos de cámara se escucha sólo música de calidad.
8) Entre todas las historias de Borges, *Tlön Uqbar, Orbis Tertius* es, tal vez, la de mayor calidad narrativa.
9) Giovanni y Enrica tienen los dos una indudable calidad moral. Enrica tiene mayores cualidades intelectuales.
10) En el drama de Shakespeare, desde el primer momento, son evidentes las cualidades negativas de Polonio.
11) La calidad de las infraestructuras públicas de servicio.
12) El discurso sobre la calidad del ambiente se une con el de la calidad de la vida.
13) Se trata de un producto que está por debajo de los valores estándar de calidad establecidos por la CEE. Difícilmente podrá superar las pruebas de calidad.
14) A las lavadoras AEG les han reconocido la marca de calidad.
15) En la filosofía de la calidad máxima, como complemento a su significado generalizado, se puede hablar también –según Alberto Galgano– de un amplio significado de calidad: calidad en las prestaciones de la empresa, calidad del trabajo de cada persona dentro de la empresa, calidad de la organización, calidad de la imagen de la empresa en el mercado y en el exterior, calidad del puesto de trabajo, calidad de las relaciones personales.

Objetividad y juicio de valor

En este listado se documentan algunos de los significados que, en la actualidad, se atribuyen a la palabra cualidad. Como se intuye, pertenecen a ámbitos de referencia muy diversos. Pocos, como veremos, corresponden a la definición de cualidad sistemáticamente tratada por Aristóteles en el *Organon*. Me parece necesario detenerme un momento a examinar esta definición. A pesar de que en la historia del pensamiento occidental ha habido dife-

rentes modos de interpretarla, me aventuro a resumirla, tal vez con alguna limitación, en los siguientes términos: *Cualidad es la propiedad, capacidad, condición o forma distintiva de algunas cosas o personas.*

Es la *poiótès* de Aristóteles que Cicerón, sobre las notas del filósofo griego, traducirá en latín como *qualitas*. Para decirlo de modo resumido, cualidad es, en esta versión, todo lo que responde a la pregunta *poios?*, es decir *qualis?* No cabe duda de que responder a una pregunta que como esta se dirige a individualizar una identidad –¿qué mujer?, ¿qué árbol?, ¿qué libro?– es lo mismo que definir la (o las) cualidades, en sentido aristotélico, de cualquier cosa o persona. La mujer es morena y delgada; el árbol es frondoso; la mesa es blanca. La cualidad es por tanto la fuente de la determinación, es decir, aquello que permite la atribución de una identidad.

Aristóteles, en la interpretación sobre la cualidad –una de sus diez categorías– distingue cuatro niveles diferentes: 1) cualidad como propiedad (posesión inmutable o disposición mutable); 2) cualidad como capacidad (o incapacidad); 3) cualidad como condición, estado o modo (afección); 4) cualidad como forma y figura. Es sobre el tercer apartado donde, desde siempre, se han presentado las mayores dificultades. Y, de este hecho, como sostienen los estudiosos de Aristóteles, es responsable no sólo la palabra afección (del latín *adfectio*: condición, estado, influencia, impresión), que es una traducción demasiado aproximada de las palabras griegas *páthos* (aquello que se evidencia) y *páthé* (estado pasivo), sino también la existencia de una cierta ambigüedad en el texto de Aristóteles. A decir verdad, la crítica de ambigüedad, es más, la falta de rigor conceptual va más allá de esta particular interpretación de la cualidad. En algunos autores la crítica afecta hasta, incluso, todas las diez categorías. Son famosas las irónicas observaciones de Kant, aquellas despreciativas de J.S. Mill y, sobre todo, aquellas, un poco despiadadas, del historiador de la lógica Prandl.

En cualquier caso, la idea aristotélica de cualidad es claramente sustancial y deja poco (o ningún) espacio a valoraciones subjetivas. Cualidad es todo aquello que caracteriza realmente las cosas prescindiendo de nuestro juicio sobre ellas. Es así como se explica la resistencia de Aristóteles a reconocer cualidad autónoma, por ejemplo, a las formas de comportamiento moral. Con variantes y matices diversos, la acepción sustancialista de la cualidad estará presente durante todo el Medioevo. Dante la utilizó en este sentido, poniendo además un particular acento sobre la naturaleza material de las atribuciones y de las propiedades. Igual sucede en Boccaccio y Petrarca. Pero en ambos, como advierte Tommaseo, existe al mismo tiempo una clara tendencia, si bien tímida e incipiente, a atribuir a la palabra cualidad indudables connotaciones subjetivas.

Volviendo a los quince ejemplos arriba citados, junto a aquellos que permanecen fieles a la acepción aristotélica existen otros, la enorme mayoría, que están muy lejanos. Existe un modo radicalmente opuesto de entender la palabra cualidad. Aquí, la definición válida podría ser la siguiente: *Cualidad es un juicio de valor sobre alguna cosa o persona.*

Se trata de un significado bastante reciente, digamos «moderno» . En la etimología italiana, tal designación aparece, creo que por primera vez, en los inicios del siglo XVII, en las expresiones como «primera cualidad» y «de calidad». En este punto, la etimología no ayuda más porque se entra en un campo en el que el uso de la palabra cualidad se distancia fuertemente del tradicional, abriéndose a un vasto abanico de significados de todo tipo. Aludo al campo de los juicios de valor.

Aquí, como es fácil intuir, todo resulta más difícil porque el argumento que hace referencia a los juicios de valor –sobre todo a partir de la *Crítica del juicio* de Kant– es uno de los más discutidos entre los filósofos. Hablar de calidad como juicio de valor nos lleva necesariamente a detenernos sobre los aspectos que lo fundamentan, entre ellos, los juicios estéticos, éticos y religiosos. Pero también los juicios funcionales, es decir, aquellos juicios que suponen una vuelta a valores de finalidad (*Zweckmässigkeit*) y utilidad (*Nützlichkeit*). Cuando intentamos establecer lo que existe de absoluto o de relativo en tales juicios nos encontramos súbitamente envueltos en la controversia, todavía actual, sobre las intenciones de Kant de reconciliar la objetividad y subjetividad de nuestros juicios.

El tema, obviamente, tiene raíces antiguas. Dejando a un lado su unión *directa* con la cuestión de la cualidad, el análisis filosófico sobre el valor, conocido modernamente como *axiología* (del griego *áxios*: válido, digno de estima) tiene una historia reconocida. Encontramos los nombres de Aristóteles, Platón, los estoicos, los epicúreos, de Tommaso, Hegel, Lotze, Nietzsche y, en nuestro siglo, E. von Hartmann, Brentano, Scheler, N. Hartmann, Simmel, Dewey y tantos otros. Este amplio patrimonio teórico sobre el valor es tenido en debida cuenta para el estudio del paso de una cualidad entendida, prevalentemente como determinación (atributo, característica, peculiaridad, propiedad etc.), a una cualidad que surge de (o que se identifica con) un juicio de valor.

A lo largo de este proceso, como ya hemos visto, Kant ha sido el máximo representante. De modo también relevante, Hegel afronta la cuestión. De hecho, enriquece (y adensa) el análisis de la cualidad. Por un lado permanece fiel a la tradición aristotélica: «*La cualidad es más bien una propiedad* (vornehmlich Eigenschaft) *sólo en cuanto que en una relación externa se muestra como determinación inmanente* (inmanente Bestimmung)». Por otra parte hace posible una subjetivación de la valoración cualitativa: «*En el juicio cualitativo, el predicado es (...) aquello que es universal, y es esto lo que constituye la forma del juicio, como una determinada cualidad del sujeto* (als eine bestimmte Qualität des Subjekts), *que aparece como contenido*».

Relación calidad-cantidad

No es menos importante su contribución al problema de la relación calidad-cantidad. Para Hegel, retomando varios temas escolástico-aristotélicos, cantidad y cualidad no son dos realidades a tratar separadamente. Cada proceso de crecimiento cuantitativo, superado un límite crítico, se interrumpe bruscamente y sucede lo que llama, no por casualidad, un

«salto de cualidad» o un «salto cualitativo» (*ein qualitativer Sprung*). Para ilustrarlo elige el ejemplo de la procreación. Después del proceso de gestación, el nacimiento del niño y su primer desarrollo es, para Hegel, un «salto cualitativo». Pero a eso se podría añadir también el último respiro, es decir, la muerte.

En esta visión, la idea de cualidad no va ligada a algo inmutable, sino más bien a los momentos (o niveles) de un proceso. De estos momentos cualitativos podemos dar, según nuestro punto de vista, un juicio «positivo» (el nacimiento) o «negativo» (la muerte). No es necesario recordar que la interpretación sobre la cual se sostiene toda la dialéctica hegeliana ha sido intencionadamente retomada por Engels en su acercamiento dialéctico a las ciencias naturales, el llamado materialismo dialéctico.

La argumentación relativa a los puntos de unión entre calidad y cantidad tiene también un papel importante en el desarrollo de la ciencia contemporánea. En biología el «salto cualitativo», ya desde hace tiempo, no se define como el resultado de un proceso lineal de causalidad que va de la cantidad a la cualidad y viceversa. El neodarwinismo, por ejemplo, nos ha enseñado a pensar en los saltos cualitativos de la evolución en términos bastante diversos. Conviene también recordar que en el desarrollo más reciente de la neurología existe la tendencia a dar prioridad a los aspectos cualitativos sobre aquellos cuantitativos. De hecho, en el estado actual de los conocimientos, los investigadores se inclinan a pensar que, en las redes neuronales de nuestro cerebro, a diferencia de lo que sucede en las «redes neuronales» de los ordenadores, los procesos deben ser estudiados en términos prevalentemente cualitativos.

Calidad perceptiva

En el campo de la psicología de la percepción, a partir de las contribuciones precursoras de Chr. von Ehrenfels, se abre el camino para una revisión de los aspectos cualitativos (*Gestaltqualitäten*) en el estudio de los procesos perceptivos. La teoría de la *Gestalt* desarrolla precisamente estos propósitos en confrontación al acercamiento mecanicista del siglo XIX y al conductismo.

Falta ver ahora en qué medida el advenimiento de las técnicas de producción digital de imágenes ha resquebrajado la idea de la calidad como se ha planteado teóricamente en el ámbito de la percepción por parte del gestaltismo. En la *eidomática*, la nueva disciplina que estudia las imágenes sintetizadas creadas por los ordenadores, el tema de la calidad es debatido, sino exclusivamente es seguro que de modo prevalente, en función del mayor (o menor) sometimiento a la verdad, es decir, del mayor (o menor) «efecto de verdad» que el producto digital puede proporcionar. No casualmente, en la valoración de los resultados cualitativos de este tipo de imágenes se recurre al concepto de fidelidad (*fidelity*) que, en electrónica, es claramente inseparable de los conceptos de resolución y definición. Con tal propósito se puede decir, generalizando, que cuanto más alta es la fidelidad de una imagen digital medida en términos de resolución y definición, mayor es su validez como referencia, y, por otra parte, cuanto mayor sea este

parámetro, mayor será la calidad atribuida a la imagen .

Este hecho, en la práctica, significa un notable cambio en el modo de acercarse al tema de la calidad perceptiva. De la idea que tiene la *Gestalt* de la calidad, entendida como la propiedad de las imágenes, teniendo en cuenta las famosas 8 leyes (o factores) de la *Gestaltheorie*, de auto-organizarse y auto-regularse, se pasa, ahora, a la de la eidética que favorece una idea de calidad en función, sobre todo, de la «veracidad» de la representación. En definitiva, de la calidad como juicio de la semejanza de la imagen con el objeto representado.

En confrontación a este planteamiento, los gestaltistas podrían sacar a relucir la acusación de «realismo ingenuo». Un hecho que desde una cierta óptica (es decir, desde la óptica gestaltística) es acertado. Para los informáticos que trabajan en el campo de las imágenes sintetizadas, el problema tiene una importancia secundaria. A pesar de que hagan negocio, tal vez sin ser conscientes de las refinadas herramientas descriptivas de la *Gestalt,* éstos no comparten la obsesión de los defensores de las teorías de la *Gestalt* (y de otros) de demostrar, siempre y de cualquier modo, la naturaleza engañosa de cada experiencia perceptiva. Es más, no esconden su despreocupación al respecto.

Se intuye el porqué: Su deber no es estudiar la naturaleza de los fenómenos perceptivos, sino producir imágenes sintéticas. Imágenes –atención al hecho– cada vez más «realistas». No hay que sorprenderse, por tanto, de que la actitud suya no sea de preocupación por la presunta (o real) falta de garantía de los fenómenos de la percepción, sino una pragmática (tal vez demasiado incondicional) aceptación de una total credibilidad en ellos.

La calidad como juicio de veracidad

Considerando todo esto, el deber de estos expertos consiste en implantar técnicamente un proceso encaminado a alcanzar la máxima semejanza entre el mundo a representar y el mundo representado. En el desarrollo de este objetivo, por otra parte, de naturaleza típicamente instrumental y matemática, no existe mucho espacio para dudas (o incertidumbres) sobre la relación que transcurre entre representante y representado. Y menos todavía sobre la disposición ontológica de todo aquello que se representa.

Es aquí donde aflora un aspecto nada despreciable. Me refiero al tema de la calidad en el campo de la representación de las artes figurativas. También en este campo a partir del Renacimiento se abre camino, al menos de modo implícito, a la idea de la calidad como juicio de veracidad.

Me adelanto a aclarar que con ello no pretendo apoyar la tesis, a decir verdad bastante sensata, de que la verosimilitud se haya convertido, a partir del Renacimiento, en el «único» criterio para valorar la calidad de una obra de arte. Me limito a poner de manifiesto el hecho, a mi parecer indiscutible —al menos según el sentido común —, de que la llegada de la perspectiva natural es un paso revolucionario en el camino hacia una cada vez mayor verosimilitud en la representación del mundo. Sobre este particular, como se sabe, algunos prestigiosos historiadores del arte han erigi-

do considerables objeciones. Sin embargo, su análisis se detiene, en primer lugar, sobre la perspectiva como momento crucial en la evolución de las artes figurativas. Una aproximación muy acertada. Sin embargo, olvidan (o infravaloran) que la perspectiva, más allá de su significado «artístico», tiene otro significado que sobrepasa el ámbito interpretativo específico de la historia del arte. Un significado que en cinco siglos ha alcanzado cada vez una mayor autonomía. Me refiero a la perspectiva entendida como un estadio muy innovador en la historia de las técnicas de recreación visual de la realidad.

No existe ninguna duda de que, con la perspectiva, se inicia una fase cuanto menos dinámica y fecunda en el desarrollo de estas técnicas. Desde entonces, la influencia de la perspectiva se ha prolongado con el tiempo hasta llegar a nuestros días. De hecho todavía hoy, y tal vez más que nunca, el sistema perspectivo, en todas sus posibles variantes, está en la base de cada recreación visual hasta el punto de que las imágenes generadas por el ordenador, con su notable valor cognoscitivo, aparecen como la meta del desarrollo iniciado con la perspectiva del Renacimiento. Los mismos expertos en diseño gráfico por ordenador reconocen esta deuda.

Forzando un poco las cosas, se puede incluso afirmar que el orden geométrico, como fundamento de la perspectiva del Renacimiento, es una especie de antecedente del algoritmo, el orden matemático y lógico que dirige hoy la producción de imágenes sintetizadas. Y es también el antecedente de su calidad.

Ciertamente la circunstancia es muy compleja y no es posible afrontarla en este momento. (Para una interpretación más profunda sobre el argumento, recomiendo la lectura de mi libro *Real y virtual*.)

Reduccionismo mecánico-determinista

En matemática, la idea de una cualidad independiente de la cantidad la encontramos en la topología. De hecho, en esta rama de la geometría, a diferencia de la geometría fundamentada en el concepto de distancia (geometría métrica), la cantidad no tiene un papel determinante. Aunque, como se ha dicho y ha destacado Hilbert, la topología algebraica elimina de este asunto parte de su pretensión de absoluto. La idea de cualidad es también importante en las modernas teorías matemáticas que estudian los procesos morfogenéticos (teoría de las catástrofes, teoría de los segmentos, teoría de las estructuras disipadoras, teoría del caos, etc.).

Naturalmente, en la base del tema que estamos tratando encontramos también la controversia sobre la posibilidad o no de un matematismo generalizado de las cualidades, o, lo que es lo mismo, de su representación cuantitativa. El objeto de la disputa no es, en este caso, la diferencia entre calidad y cantidad. Entre una cualidad que, por su naturaleza, se escapa del cálculo o la medida y una cantidad que, como indica su propio nombre, es todo cálculo y medida. Tampoco se trata de saber, como en el pensamiento de Hegel, de qué manera de una dinámica cuantitativa brote una «nueva» cualidad, es decir, en qué modo se verifica el notorio «salto cualitativo». Aquí se trata, más que nada, de valorar si son plausibles (y aceptables)

los modelos de matematismo que tienden a reducir al máximo (e incluso a hacer desaparecer) el ámbito de los objetos no cuantificables, el ámbito precisamente de una cualidad que se resiste a cualquier acercamiento cuantitativo.

Recientemente, escoltado por Holder, M. Mondadori ha trazado los límites de esta pretensión. Ha definido los casos en los que esto es aceptable. Se trata de casos en los que estamos en grado de dar una *«demostración de que las cualidades aportadas por la experiencia admiten una representación numérica»*. Y añade: *«Un matematismo satisfactorio implica mucho más: que se encuentren las cualidades justas para un matematismo»*. Es decir: cualidades capaces de responder, de acuerdo con Rescher, a preguntas no «inefables», sino «apropiadas» y «legítimas».

Por otra parte, ambos reflexionan en relación con los exponentes de la *«reacción romántica contra el lenguaje cuantitativo»*. Estos olvidan que *«la creación –a partir del siglo XVII– de un lenguaje cuantitativo, no en sustitución, sino como añadido al lenguaje corriente, contribuye fuertemente a acrecentar nuestras oportunidades, hasta incluso el comportamiento de los acontecimientos corrientes de la vida»*.

El problema de las cualidades válidas (o menos válidas) para la cuantificación introduce de lleno algunas grandes cuestiones de la filosofía de la ciencia, particularmente de las surgidas a comienzos del siglo XIX, como es el caso del hiper-reducionismo mecánico-determinista de Laplace. De modo destacado, Laplace, como Leibniz un siglo antes, había propuesto la determinación de una inteligencia sobrehumana –el famoso démone [1] al que alude Laplace– capaz de conocer, explicar y preveer todo, absolutamente todo. *«Rien ne serait incertain pour elle»*, dice Laplace.

Es impensable, por tanto, que una cualidad, no importa cuál, pueda sustraerse de su omnisciencia y su circuito de revelaciones minuciosas sobre el estado del mundo. En el pasado, en el presente, en el futuro. Pero detrás de la ficción de una inteligencia absoluta –en la práctica una especie de *ojo de Dios*– existe la hipótesis de un dominio absoluto del determinismo. En nuestro siglo, muchos de los fundadores de la mecánica cuántica en física, con su teoría de la indeterminación, de la complementariedad y de lo completivo, contribuyen a poner en duda la legitimidad de este dominio.

La cuestión del indeterminismo

La cuestión del indeterminismo o, al menos, de los límites del determinismo, está presente en la metáfora de Popper, citada tantas veces, sobre las nubes y los relojes *(clouds and clocks)*. Según el sentido común, las nubes serían un ejemplo de indeterminismo y de imprevisión. Los relojes, en cambio, de determinismo y de previsión. Las nubes pertenecen a la esfera de la cualidad, los relojes, no por casualidad instrumentos de medida del tiempo, a la esfera de la cantidad.

Muchos físicos, en una interpretación bastante mitigadora de la teoría newtoniana, han mantenido en el pasado que *«todas las nubes son relojes, incluso la más irregular de las nubes»*.

Popper, dirigiéndose explícitamente al Peirce de *Scientific Metaphysics*, afirma que, hasta

un cierto grado, *«todos los relojes son nubes»*, o, mejor, que *«existen solamente nubes, si bien éstas nubes tienen un grado de nubosidad muy diverso»*. Naturalmente, otras metáforas, similares a la de Popper, se han utilizado con el fin de hacer inútil (o debilitar) una contraposición absoluta entre la calidad (indeterminable) y la cantidad (determinable). Los biólogos, para los que este tema es particularmente cercano, han acuñado otras metáforas. Por ejemplo: *«lo fortuito y lo necesario»* (Monod), *«el humo y el cristal»* (Atlan).

En un ámbito de reflexión sobre la calidad bastante lejano del de la filosofía de la ciencia, pero no por este motivo sin interés, se coloca *Lila*, un libro de narrativa filosófica (o si se prefiere de filosofía narrativa), una mezcla de ficción-no ficción. Su autor, el norteamericano R.M. Pirsig, desarrolla, en boca de uno de los personajes (Fedro), aquello que llama una *metafísica de la calidad*. Según sus explícitas declaraciones, una teoría de la *«calidad centrada sobre el valor y desvinculada de la sustancia» (a value-centered Methaphysics of Quality is not tied to substance)*. Pero, como todos aquellos que afrontan los problemas relacionados a la *calidad como valor*, ha debido enfrentarse –como ha sido siempre una obligación, sobre todo a partir de Kant– con el problema de la relatividad de los valores. A la búsqueda de una solución, el novelista introduce el concepto de «cualidad dinámica», que contrapone a el de «cualidad estática».

Le cuesta un poco afirmar, en un texto de este tipo, la coherencia interna de los argumentos expuestos. La exigencia (y los vínculos) de la trama narrativa no facilitan este deber. De hecho, muy a menudo, la corriente lógica del contenido teórico resulta alterado por valores ajenos al mismo. Esta ha sido siempre la debilidad (¿o la fuerza?) del *Bildungsroman*. En *La montaña mágica* de Thomas Mann, por ejemplo, los personajes Settembrini y Naphta se extienden en arduas meditaciones sobre la vida y sobre el mundo, pero son demasiado huidizos e indefinidos para permitir un razonado juicio sobre su valor de la verdad.

Algo parecido ocurre con *Lila*. A pesar de que en la novela de Pirsig, a diferencia de la de Mann, los planteamientos teóricos de los personajes se configuran casi como verdaderos y propios ensayos intercalados en un cuerpo narrativo, no son suficientemente independientes a la influencia, que a veces permite equívocos, del contexto en el que forman parte. No se sabe, en pocas palabras, con qué categorías juzgarlos. Si nos acercamos a ellos examinándolos sólo como aseveraciones filosóficas, se arriesga a no tener debidamente en cuenta que tales aseveraciones tienen un papel, y no precisamente casual, en el interior del cuerpo narrativo que desarrollan. En definitiva, una función prevalentemente literaria. La prueba de ello es que no podrían ser separados sin comprometer la unidad (y el sentido) de la obra. Pero se puede tender al sentido opuesto: considerarlos sólo desde la visión literaria, descuidando el interés que pudieran tener como aseveraciones filosóficas. Esto hace particularmente arduo, por nuestra parte, un eventual juicio sobre la metafísica de la cualidad teorizada por Pirsig (¿o de su personaje Fedro?).

«Cualidad dinámica»

A pesar de ello, se pueden arriesgar, con las debidas cautelas, algunas consideraciones al respecto. Es importante detenerse en la idea de la «cualidad dinámica» que, como ya hemos aludido, es primordial en la teoría de Pirsig. Parece que por cualidad dinámica entiende una estrategia para desviar las consecuencias negativas del relativismo sin renunciar a sus ventajas a nivel de comportamiento individual y social. Sin embargo, la creación argumental no es, como veremos, en absoluto lineal. Muy aleccionador es el modo en el que se trata la cuestión del victorianismo. Para el autor, como para muchos norteamericanos progresistas, el victorianismo –que no se debe confundir con el puritanismo– es la raíz de muchos procesos degenerativos hoy en boga en su país. Mantengo que las mejores páginas de *Lila* son precisamente aquellas dedicadas a la crítica de la idea de «cualidad» dominante en el periodo de la reina Victoria. Una cualidad que se manifestaba en el *«estilo de vida rígido y regresivo»*, una cualidad *«hecha de buenas maneras y de egoísmo y de represión de muchos actos espontáneos del espíritu»*.

La cualidad de lo victoriano, no debe olvidarse, es congénita al colonialismo británico y, por tanto, expresión de un sistema de valores éticos y estéticos que se quería hacer valer a través de una sutil aculturación, incluso, si fuera necesario, a través de duras y coercitivas imposiciones en todos los dominios del Imperio.

Podemos decir, por tanto, que el victorianismo se coloca en las antípodas del relativismo y contrasta con cualquier forma de pluralismo cultural. La cualidad victoriana es un ejemplo de aquello que, en *Lila*, se llama la «cualidad estática». Es decir: *«cualquier esquema de valores unilaterales y fijos que busca aprisionar y matar el libre fluir de la fuerza de la vida»*. La «cualidad dinámica», al contrario, niega cualquier esquema, y *«el único valor que concibe es la libertad y el único mal la cualidad estática»*.

De todo lo anterior se podría deducir que Pirsig-Fedro es un defensor a ultranza de la «cualidad dinámica», del relativismo cultural, del pluralismo ético y estético. Pero no es exactamente así. A lo largo de la novela el autor cambia a menudo su opinión sobre el contenido. O, al menos, añade siempre nuevas matizaciones que acaban por hacerlo mucho más suave incluso, cediendo su actitud en relación con la «cualidad estática». En la última parte, sobre todo, su relativismo –hasta sospechoso de connivencia anárquica– es reducido drásticamente hasta el punto de plantear la hipótesis de la intervención de un policía o de un soldado armados (*«a policeman or a soldier and his gun»*) para reprimir la acción de aquellos que ponen en peligro los valores más fuertes –libertad, derechos humanos, poder político basado en el consenso, etc.–; aquellos de los que la «cualidad dinámica» no puede ser privada. Un hecho que en sí mismo, como se suele decir, no tiene nada de escandaloso. Después de todo, este planteamiento demuestra claramente qué difícil es, de acuerdo con Locke, tener certezas fuertes y ser tolerante. Es la trampa que existe detrás de todo relativismo, trampa que el autor de *Lila* no es capaz, a fin de cuentas, de evitar.

El autor teme, con razón, las críticas de aquellos que llama los «filosofólogos» (*philosophologists*), es decir, aquellos que desarrollan el papel de exégetas, censuradores o simplemente divulgadores del pensamiento de los grandes filósofos. Críticas que, de hecho, van encaminadas a desautorizar a aquellos que se atreven a exponer «ideas filosóficas personales» sin ser «filosofólogos». No cabe ninguna duda: los «filosofólogos» son todo lo contrario a benévolos; con aquéllos *piensan por su cuenta (il Selbstdenker* de los alemanes), es decir, con quien de modo desenvuelto e incluso un poco remilgado, quiere ignorar todo aquello que ha sido meditado antes de su propio argumento.

Por una parte, es indudable que los «filosofólogos» no pueden reivindicar, como de hecho hacen, para ellos –y sólo para ellos– el privilegio de pensar. En pocas palabras, es difícil reconocer como legítima su pretensión extravagante de ser los únicos en posesión de una especie de licencia para pensar. En mi opinión, una pretensión no menos extravagante es la de Fedro, que quiere fundar una nueva teoría de la cualidad, totalmente fuera del caudal de reflexiones que sobre el tema han acumulado los filósofos, no los «filosofólogos», durante siglos. Es el riesgo de recorrer carreteras que se sabe no tienen final y/o excluir otras que, en el pasado, solamente han sido exploradas parcialmente y que habría sido útil retomar.

Parámetros de valor

Después de este último y largo *excursus* literario-filosófico, intentamos ahora examinar algunos de los ejemplos de la lista expuesta al principio que hace referencia a los significados más frecuentes de la palabra calidad. En el primer ejemplo, sobre la calidad de la leche, encontramos la idea de la cualidad como propiedad que ofrece una prestación (la propiedad de ser nutriente), pero también tiene una segunda más compleja como es la idea de leche de calidad. Mientras la cualidad, como propiedad, que se aporta, permanece en el nivel de las categorías sustanciales de Aristóteles, no se puede afirmar, con la misma certeza, que la expresión *«leche de calidad»* implique, en lugar de esto, un simple juicio de valor. De hecho, cuando decimos «leche de calidad» está implícita nuestra valoración cuantitativa sobre las sustancias que la componen, es decir, sobre la mayor o menor presencia en ella de proteínas, grasas, hidratos de carbono, sales, enzimas, vitaminas, hormonas y antígenos. Esta valoración es, ciertamente, un juicio de valor pero unido a una propiedad.

En el caso de la dureza del acero de alto tenor de carbono, el segundo ejemplo de la lista, es indudable que tal calidad es una propiedad como también lo es, en el caso de la leche, aquella de ser nutriente. Pero como sucede con la expresión «leche de calidad», las cosas se complican, por razones similares, cuando hablamos de «acero de calidad».

Naturalmente, muchos problemas dependen del hecho de que, en las lenguas neolatinas (con una sola acepción) el mismo término calidad se utiliza para designar referencias que expresan, en un caso, la propiedad de una cosa o persona y, en el otro caso, un juicio sobre ellos. Esto es verdad en francés y en

italiano, pero no en español. Para la cualidad entendida como propiedad existe en español la palabra cualidad; para la *cualidad* entendida como juicio de valor, la palabra *calidad.*

Dejando a parte las matizaciones interpretativas hechas anteriormente, el ejemplo relativo a la cualidad de la leche se traduciría en español del modo siguiente: «*Una* cualidad *de la leche es ser nutritiva, a condición de que sea leche de* calidad».

Merece la pena mencionar los obstáculos que se han encontrado en italiano para titular la novela de R. Musil *Der Mann ohne Eigenschaften.* Se ha elegido *El hombre sin calidad.* A decir la verdad, el título es levemente impropio, puesto que Ulrich, el personaje de la novela, no es un hombre sin cualidades (tal vez tenga demasiadas), pero es un hombre que, incapaz de desarrollarlas, se presenta como alguien carente de características distintivas, es decir, sin peculiaridades. En definitiva, sin *Eigenschaften.* Es necesario admitir que ninguna traducción alternativa tendría la efectividad de *El hombre sin calidad.* Examinemos ahora el último ejemplo de la lista que da comienzo a nuestra explicación. Nos referimos a la definición de «calidad en sentido amplio» aportada por Alberto Galgano en su libro sobre la «calidad total» en el mundo de la empresa. Seis son los ámbitos en los que, según Galgano, se despliega la calidad en sentido amplio.

Para la comodidad del lector los recordamos nuevamente:

Calidad en las prestaciones de la empresa.
Calidad del trabajo de cada persona de la empresa.
Calidad de la organización.
Calidad de la imagen de la empresa en el mercado y en el mundo.
Calidad del puesto de trabajo.
Calidad de las relaciones personales.

Es evidente que estos seis tipos de calidad pertenecen principalmente a la categoría de la calidad entendida como juicio de valor. Digo *prevalentemente* porque, como en el ejemplo sobre la calidad de la leche y del acero, también aquí se pueden hacer algunas aclaraciones. Desde este punto de vista, la calidad de los servicios de la empresa, del trabajo que realiza cada persona de la empresa, de la organización y de los puestos de trabajo, dejan espacio –como lo demuestra el mismo Galgano en su libro– a criterios de valoración objetiva.

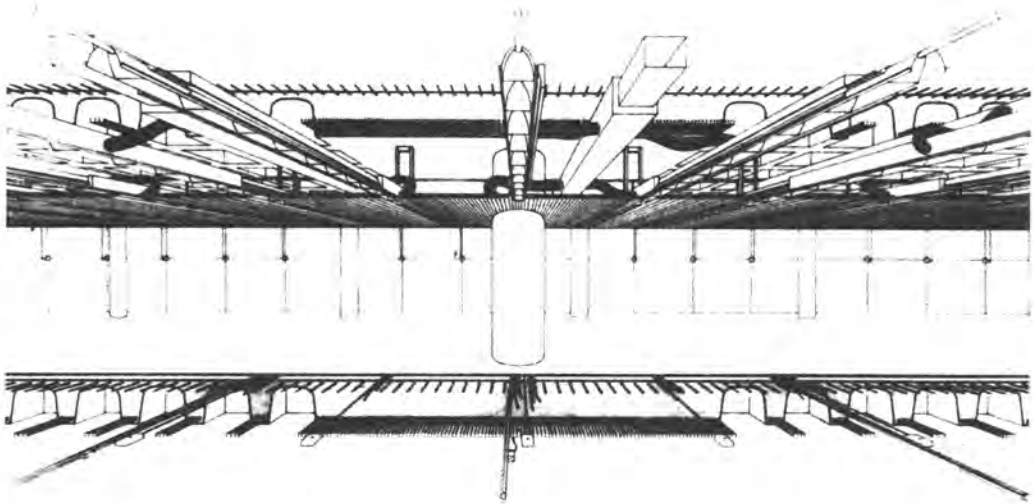
Ciertamente, se trata de una valoración que tiene una fuerte carga de subjetividad, pero es diferente a la que se puede plantear en el caso de la calidad de la imagen de la empresa en el mercado y en el mundo o en el caso de las relaciones interpersonales, donde es seguramente difícil recurrir a valoraciones objetivas. Para hacerlo se tendrían demasiadas hipótesis suplementarias. La calidad, ya sea de una imagen de una empresa, ya sea de las relaciones entre personas, puede ser siempre objeto de controversia. Esto no excluye que en el contexto de un determinado sistema de preferencias socio-culturales se puedan atribuir, como es lógico, más calidad a una realidad que a otra.

Este planteamiento sirve también para muchos otros ejemplos de nuestra lista. En concreto, para aquellos en los que se configuran

verdaderos juicios éticos y estéticos sobre personas, instituciones y obras: 3, 7, 8, 9 y 10. No es lo mismo cuando los juicios de calidad aluden a prestaciones técnicas, de servicio o de compatibilidades ambientales: 4, 5, 6, 11, 13 y 14. En estos casos los parámetros de valor son bastante reconocibles.

Del concepto de calidad de vida en clave ambiental (ejemplo 12) me he ocupado extensamente en un capítulo de mi libro *El futuro de la modernidad* . No me parece necesario volver ahora sobre el argumento.

Al escribir el presente texto mi intención no ha sido, salvando las apariencias, producir algo similar a un término enciclopédico sobre la calidad. Mi intención ha sido menos ambiciosa. He pretendido, sobre todo, aclararme (y contribuir a aclarar) algunos aspectos de una palabra sobre la cual reina hoy, me parece a mí, una agobiante confusión. Espero no haber contribuido a aumentarla. Una eventualidad que, de antemano, no excluyo. Ocurre a veces que, quien con propiedad quiere esclarecer todo, puede acabar por oscurecerlo. ©

NOTA

[1] Dentro del contexto podría interpretarse como demiurgo. *(N. del T.)*